

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

EDUCAR EN LA FE EN LA ESCUELA

Introducción: Raíz oratoriana de nuestra escuela.—Labor actual de nuestra Congregación en la escuela.—El problema de la relación entre «educación» y «escuela».—Crisis de transmisión cultural.—Tiempo de búsqueda.—Complejidad actual de la institución escolar.—La escuela católica renovada.—El quehacer didáctico según la nueva evangelización.—Estilo salesiano.—Maestros de espiritualidad juvenil.

Roma, Solemnidad de San José,
19 de marzo de 1993

Queridos hermanos:

Os saludo con afecto en nombre propio y de los miembros del Consejo General. El pasado 5 de febrero concluimos la última sesión plenaria e inmediatamente comenzaron las salidas para las visitas de animación. A los pocos días, me tocó presidir la visita de conjunto de las inspectorías italianas; después pude ponerme en contacto con varias comunidades, sobre todo con las inspectorías de México, donde prediqué una tanda especial de ejercicios espirituales a los directores como final de los actos celebrados con motivo del primer del centenario de la llegada de los cinco primeros salesianos.

En todas partes se comprueba un verdadero interés por aplicar las decisiones del XXIII Capítulo General. El Señor bendice nuestra Congregación incluso en situaciones delicadas, no sólo en la vasta frontera de las misiones, sino también en las nuevas presencias de Albania, Siberia y otras zonas de la antigua Unión Soviética.

Es verdad que las fuerzas siguen siendo contadas, sobre todo en ciertas regiones de escasa fecundidad vocacional; sin embargo, viviendo la autenticidad de los consejos evangélicos y evitando el peligro de aburguesa-

miento, san Juan Bosco nos anima y ayuda a no pararnos, dejando, si hace falta, lo que ya no es salesianamente significativo.

Entre los temas que he visto hacer objeto de competente reflexión en asambleas y reuniones de revisión y programación está la educación de los jóvenes en la fe *en nuestras instituciones escolares*. Es un tema rico, que constituye un desafío. No resulta nada sencillo ni pacífico, pero es ciertamente vital para la renovación de la Congregación Salesiana.

Por ello, me parece oportuno invitaros a reflexionar sobre el tema de la escuela, viendo algunos de sus aspectos más serios, pues no se puede hablar de la misión y obra salesiana sin que este punto aparezca en el centro de la cuestión. Por otra parte, es, de uno u otro modo, positiva o negativamente, una vivencia educativa importante que merece ser evaluada.

Raíz oratoriana de nuestra escuela

Vi en México —en algunas ciudades del norte, fronterizas con Estados Unidos, y en la meridional península de Yucatán— un prometedor relanzamiento del oratorio salesiano en los suburbios más populares y expuestos a riesgo. En esta singular experiencia se nota inmediatamente que la presencia salesiana, rica de dinamismo, es casi por necesidad núcleo creador de otras iniciativas, precisamente en vista de las necesidades concretas de aquellos jóvenes. El oratorio salesiano no es una institución ya totalmente definida, y menos aún una especie de alternativa frente a otras estructuras, sino que lleva a una búsqueda de las modalidades educativas más útiles a los jóvenes necesitados; entre ellas aparecen casi enseguida iniciativas escolares para el mundo del trabajo o para la formación ciudadana y social. Cabe decir que el oratorio (o sea, la presencia entre los jóvenes más necesitados)

es también fuente de estructuras escolares con estilo y espíritu propios.

Lo vemos ya en san Juan Bosco. Desde los primeros años de su actividad en Valdocco, introdujo con creatividad el componente escolar en su apostolado juvenil, manteniendo en él los fines, el clima y los criterios oratorianos. Y, cuando tuvo oportunidad, se hizo incluso cargo de escuelas que ya estaban funcionando y abrió otras, guiado siempre por la idea oratoriana inicial y por su característico método de educar a los jóvenes del pueblo en la vida social y eclesial.

Creo que no debemos olvidar esta raíz oratoriana ni la característica popular de nuestras escuelas. Con razón nos recuerdan las Constituciones renovadas que la vivencia oratoriana de san Juan Bosco en Valdocco «sigue siendo criterio permanente de discernimiento y renovación de toda actividad y obra»¹. Es un criterio que parte de la realidad juvenil y popular y busca los medios más idóneos para una educación completa, sobre todo de los más necesitados.

1. Constituciones 40.

La Congregación Salesiana, en su expansión por el mundo, se ha ido introduciendo en el movimiento de difusión popular de la escuela católica, tomando sus modelos corrientes y mejorándolos y transformándolos con su identidad específica y con sus intuiciones pedagógicas. En ello la ha guiado la convicción, confirmada por la práctica, de que la escuela constituye un medio de primer orden para educar a la juventud, un elemento válido de promoción popular y un ambiente de evangelización con una eficacia particular.

Más que contraponerse, pues, oratorio y escuela como dos intuiciones definidas y separadas, desde nuestro punto de vista se reclaman e iluminan mutuamente e intercambian criterios y modalidades, enriqueciéndose recíprocamente en sus fines educativos y evangelizadores, a la vez que se caracterizan por estar ambas destinadas a los jóvenes necesitados del pueblo.

Labor actual de nuestra Congregación en la escuela

Superados ya los cien años de vida, resulta que, según los datos del último Capítulo General, actuamos en varios cientos de instituciones escolares, que comprenden simultáneamente escuelas primarias (501), secundarias de primer grado o medias (498), secundarias superiores (296), técnicas (89), facultades universitarias (34), escuelas parroquiales (677) y centros de alfabetización², a las que debemos añadir las escuelas profesionales (252) y agrícolas (53)³. Los salesianos dedicados plenamente a esta tarea son cerca de 4.300 más otros 1.800 parcialmente; con ellos trabajan 35.000 seglares en la educación de 800.000 jóvenes.

Si, además, sumamos la consistente labor escolar de las Hijas de María Auxiliadora, los números se duplican.

Nuestra Familia, pues, se presenta como un movimiento de educadores de apretadas filas también en el frente escolar. Diversos cotejos sobre estadísticas religiosas lo demuestran con claridad.

Pero no se trata sólo de cantidad. En la Congregación Salesiana siempre se ha prestado una atención particular a la escuela para cuidar su competencia y calidad. Cuando nadie discutía su validez, se procuró darle una organización perfecta, instaurar en ella una disciplina razonable, lograr su plena eficacia didáctica y cuidar su incidencia educativa y nivel cultural. En épocas dominadas por la contestación, se trató de ver las causas de la crisis, responder a las nuevas exigencias pedagógicas y pastorales y reafirmar los beneficios de la institución escolar, sin ignorar sus limitaciones. Se procuró, sobre todo, definir bien la identidad de la escuela salesiana, imbuida del espíritu oratoriano del Sistema Preventivo.

En este ininterrumpido camino de reflexión y orientación, se ha llegado a perspectivas diversas pero complementarias que, juntas, constituyen aún una síntesis válida: el proyecto educativo, la comunidad educativa,

2. *La Società di san Francesco di Sales. Dati statistici*. Roma 1990, págs. 56-57.

3. *Ibidem*, págs. 64-67.

la dimensión cultural de la escuela, su finalidad evangelizadora, la animación pastoral y la relación con la zona.

El XXI Capítulo General, que trazó sus orientaciones a la luz de la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* con los ojos puestos en la evangelización de los jóvenes, reafirmaba la validez de la presencia salesiana en la escuela y resumía sus valores con estas palabras: «La escuela ofrece la posibilidad de encuentro y relación personal con muchos jóvenes; da la oportunidad de formar con ellos comunidades donde el trabajo cultural está iluminado e impregnado por la fe; la acción pastoral llega también a padres y colaboradores, encarnando el mensaje en un proyecto temporal de promoción de la persona. Por último, permite afirmar con realidades el derecho a proyectos alternativos de educación en sociedades donde la hegemonía cultural o el monopolio educativo limitan los derechos de la familia en la educación de los hijos»⁴.

4. XXI Capítulo General, núm. 130.

El problema de la relación entre educación y escuela

El XXIII Capítulo General, preocupado por la educación de los jóvenes en la fe, sugiere un balance de la relación que hoy día existe entre educación y escuela y no oculta las dificultades, para cuya superación se necesita una renovación compleja y valiente. «En el sistema educativo de nuestras complejas sociedades —dice— se nota un predominio de la instrucción y del dato científico sobre la metas educativas y la formación global de la persona. Este hecho crea una ruptura entre sistema educativo y vida, entre enseñanza y formación global de la persona, y dificulta la elaboración de una cultura personal»⁵.

5. XXIII Capítulo General, núm. 56.

De esa forma se ha ido produciendo, a veces también entre nosotros, una verdadera separación entre el programa escolar y las preocupaciones de vida y de sentido propias de la edad evolutiva.

Por otra parte, la presencia simultánea de numerosos agentes de educación visibles y sumergidos, en una especie de emulación, relativizan el influjo y el valor real de la escuela respecto a las propuestas verdaderamente educativas.

A pesar de todo, el XXIII Capítulo General reconoce que la escuela sigue siendo el ambiente donde la educación en la fe puede situarse «en una visión del mundo y de la vida, que el joven logra estudiando las asignaturas y proyectando su futuro personal»⁶.

Sin embargo, las ventajas que ofrece el ambiente escolar no son automáticas. Hay que trabajarlas intencionadamente y lograrlas en una situación verdaderamente inédita, en la que se cruzan múltiples factores. De ahí la invitación a revisar, con miras a la educación en la fe, el contenido y el planteamiento de las diversas asignaturas, la visión cultural que hay en ellas, la estructura y el estilo de la comunidad, los programas explícitos de enseñanza religiosa y la vivencia de compromiso cristiano⁷.

Por lo demás, en los períodos precedentes no habían faltado intenciones y propuestas de renovación en esta línea.

Así lo atestiguan, además de los capítulos generales del posconcilio, el opúsculo *Elementos y líneas para un proyecto educativo-pastoral en las escuelas salesianas*, ofrecido a las inspectorías por el dicasterio competente, el desarrollo teórico y práctico de la comunidad educativa y de la formación de los colaboradores, el tema de la evangelización en la escuela, que ha llevado a importantes transformaciones de criterios y métodos, aunque sólo después de superar no pequeñas dificultades de comprensión.

Se han profundizado estos aspectos en distintas reuniones de ámbito regional (por ejemplo, Italia,⁸ España, América-Pacífico). Respecto a la formación de agentes, el dicasterio de Pastoral Juvenil ofreció, en colaboración

6. XXIII Capítulo General, núm. 267.

7. XXIII Capítulo General, núms. 270-273.

8. Cf. *Scuola salesiana in Italia. Atti della Conferenza della Conferenza della Ispettorie salesiane d'Italia sulla scuola*. Roma 1984; *Il progetto educativo della scuola e della formazione professionale* (1992), preparado por los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora.

con nuestra facultad de Ciencias de la Educación, un cursillo en cada uno de los últimos sexenios. Si a esto añadimos la presencia siempre recomendable, en el equipo de pastoral, de un encargado de la dimensión educativa y todo el material producido por los salesianos con motivo de jornadas de estudio, se verá que siempre nos hemos movido con fidelidad a san Juan Bosco.

El resultado ha sido la afirmación didáctica y cultural de no pocas de nuestras escuelas y colegios, incluso en ambientes muy exigentes, con el aprecio y búsqueda constante de nuestros centros escolares por parte de las familias.

Si es verdad que la realidad juvenil ha sugerido abrir nuevos campos de actuación, reduciendo así el porcentaje de la obra escolar en la acción global de nuestra Congregación, sería un error interpretarlo como principio de abandono o liberación de la escuela. Sobre esto nunca han faltado estímulos y orientaciones del Magisterio de la Iglesia ni desde el centro de nuestra Congregación; lo que puede haber faltado, por razones explicables, es la aplicación local de sus directrices.

En el ámbito escolar no estamos ni fuera de sitio ni atrasados; pero sentimos el deber de confrontarnos con una realidad que, en muchos aspectos, estaba y está en movimiento, como demuestran su creciente complejidad, el aumento de colaboradores seculares, las nuevas exigencias didácticas, una situación de nueva evangelización con lo que ella supone para educar en la fe, la conexión con la sociedad y la zona y la exigencia de mejorar la preparación de los salesianos.

Entre los documentos más autorizados que nos deben inspirar, cabe recordar: la declaración conciliar *Gravissimum educationis*, la circular sobre *La Escuela católica* —de la Congregación vaticana de Educación (marzo de 1971)—, *El seglar católico, testigo de la fe en la escuela* (1982) —de la misma Congregación—, *La Scuola cattolica, oggi, in Italia* —de la Conferencia Episcopal Ita-

liana (1983)— más su material *Fare pastorale della scuola oggi* (1990), *La dimensión religiosa de la educación en la escuela* —de la Congregación de Educación Católica (1988)—, algunos discursos importantes del Santo Padre, otras declaraciones de Iglesias locales y el documento de nuestro XXI Capítulo General *La Escuela como ambiente de evangelización*⁹.

9. XXI Capítulo General, núms. 128-134.

Crisis de transición cultural

La realidad humana está en movimiento, lo está de forma acelerada; en el clima cultural de nuestro tiempo se producen cambios radicales, que hacen pensar en el comienzo de una nueva época histórica de carácter planetario. Hay quien habla incluso de una especie de revolución cultural del mundo.

Son no pocas las “res novae” que aparecen en la sociedad. Y, donde la aceleración es más intensa, ya se habla de paso de la modernidad a la posmodernidad:¹⁰ es decir, de un tipo de cultura basada en la convicción del progreso indefinido y en la capacidad de la razón humana sin cabida para la trascendencia (y, por lo mismo, creadora de agnosticismo e ideologías totalitarias), a un tipo de cultura llamada del “pensamiento débil”, radicalmente escéptica, si bien abierta a cierta posible trascendencia aunque de forma relativista (como la religión propuesta por Nueva Edad), que se caracteriza más por la caída de falsas certezas que por la aportación de verdaderos argumentos de esperanza.

10. Cf. Civiltà Cattolica, núm. 3418: *La fede cristiana nell'epoca post-moderna*, 21 de noviembre de 1992.

Sin detenernos ahora en las opiniones sobre lo moderno y lo posmoderno, es indudable que crece un clima de subjetivismo, relativismo, pluralismo y nuevas modas que hablan de ciertos “post”, hasta el punto de considerar la misma fe como algo superado y situarla en un “poscristianismo”, donde la misión de la Iglesia parecería obsoleta.

Desde otro punto de vista, sin embargo, tal evolución ofrece también posibilidades interesantes, pues la caída de ideologías y mitos sociopolíticos, elevados al rango de religiones seculares, hace constatar poco a poco, pero cada vez con más fuerza, que, en definitiva, la fe cristiana resulta el único punto de referencia estable y prometedor, que ilumina, defiende y promociona perspectivas de verdadero humanismo, rico de significados y objetivos para dar sentido a la vida y a la historia y mover los corazones a la esperanza. La reciente aparición del *Catecismo de la Iglesia Católica* puede considerarse como un signo histórico que indica el verdadero punto de referencia de cara al futuro. Cabe pensar que ha llegado la hora de un nuevo trabajo de inculturación del Evangelio: «hora —escribe Juan Pablo II— magnífica y dramática de la historia humana»¹¹.

11. *Christifideles laici* 3.

Existen las condiciones culturales para lanzarse con inteligencia pedagógica a la nueva evangelización con posibilidad de remediar finalmente el pernicioso divorcio de Evangelio y cultura, pues la crisis lleva consigo la necesidad de cuidar las raíces mismas de la cultura que emerge.

El Santo Padre insiste a menudo en este tema, tan suyo: «Aunque el Evangelio no se identifica con ninguna cultura en particular, debe inspirarlas todas, para transformarlas desde dentro, enriqueciéndolas con los valores cristianos derivados de la fe. Realmente la evangelización de las culturas es la forma más profunda y plena de evangelizar una sociedad»¹².

12. Santo Domingo. Discurso programático, núm. 20.

«La ausencia de valores cristianos fundamentales en la cultura de la modernidad no solamente ha ofuscado la dimensión de lo trascendente, sino que es, a su vez, causa determinante del desengaño a que ha llevado la crisis de la cultura. Uno de los retos a la evangelización es intensificar el diálogo entre las ciencias y la fe, con objeto de crear un verdadero humanismo cristiano»¹³.

13. *Ibidem*, 21.

Todo esto nos lleva a reflexionar de modo nuevo

sobre la naturaleza y misión de nuestra escuela. No pocas escuelas católicas, deslumbradas quizás por las novedades culturales, no han sabido encontrar la forma de sugerir una respuesta adecuada a sus apremiantes retos.

La inserción en una cultura tan agitada y pluralista ofrece de hecho a los jóvenes, sin pronunciarse acerca de su valor, múltiples visiones sobre el sentido de la vida y de su planteamiento ético y religioso. Por ello, mientras que para la solución de los problemas prácticos se ofrecen conocimientos objetivos y compartidos, para los problemas vitales la situación sigue estando fuertemente marcada por la subjetividad.

Esto influye particularmente sobre la educación religiosa, entendida en su sentido elemental de respuesta a los interrogantes de la existencia, y todavía más sobre la educación cristiana en su múltiple aspecto de conocimiento de la Revelación, vivencia de un compromiso y visión global de la realidad.

Son muchos los factores que agravan este fenómeno. Uno es ciertamente el desequilibrio entre la instrucción religiosa y el conjunto de informaciones y mensajes que reciben los jóvenes; por lo que el conocimiento de la fe sigue siendo genérico, impreciso, incompleto y confuso. Otro factor es, en los países cristianos, la interrupción del proceso catequístico en el período de la adolescencia, precisamente cuando surgen los problemas de sentido, ética, cultura y sociedad; de hecho, el último programa sistemático de formación cristiana es muchas veces el de preparación a la Confirmación.

Pero todavía influye más lo que el XXIII Capítulo General considera progresiva irrelevancia de la fe en la cultura y en la vida a medida que en la persona crecen el conocimiento y las dimensiones de la existencia. «En el mundo del bienestar —escribe dicho Capítulo—, y de rechazo también en otros contextos, el valor religioso ha sido puesto al margen de los elementos de la nueva

sociedad y de los aspectos que se consideran esenciales al vivir social. Para los jóvenes, especialmente para los que se mueven en este clima, la pregunta sobre Dios no es relevante y el lenguaje religioso (salvación, pecado, fe, futuro) ha perdido significado ... La propuesta religiosa no encuentra ya espacio cultural para expresarse de forma comprensible. ¡Es el aspecto dramático del obviamente legítimo proceso de secularización!»¹⁴. Lo ve enseguida cualquier observador medianamente atento; pero es sólo un sector de los aspectos problemáticos.

14. XXIII Capítulo General, núm. 83.

Gracias a Dios, sin embargo, también afloran tendencias positivas, quizás todavía sólo de forma germinal: son los valores y exigencias que se refieren a la persona, considerada como sujeto determinante en todos los procesos educativos y sociales. Tales valores y exigencias aconsejan seguir los itinerarios de la busca de sentido, para conducir hacia el descubrimiento del misterio que toda vida humana encierra dentro de sí. Sugieren asimismo trabajar en la formación de la persona, activando particularmente los dinamismos que favorecen el anhelo y la capacidad de crecer durante toda la vida. También es positivo y estimulador el nuevo escenario de la mundialidad, que se expresa en solidaridad con los de cerca y con los de lejos respetando los derechos naturales y civiles de cada uno.

15. Cf. Actas del Consejo General, núm. 337, págs. 3-42.

De todo esto se habló ya en la circular sobre la nueva educación¹⁵. Lo reconoce también nuestro XXIII Capítulo General, y dice: «Muchos jóvenes ... invocan nuevos valores que sean capaces de regenerar las relaciones interpersonales y de ofrecer una estructura social más rica. En la vida juvenil emergen algunas insistencias: la centralidad de la persona, principio, sujeto y fin de todas las instituciones sociales; el descubrimiento del valor de la igualdad y reciprocidad entre el hombre y la mujer; un modo nuevo de entablar relaciones, basadas en la libertad y en la justicia; un conjunto de valores vinculados a la diversidad (por ejemplo: la tolerancia, el

ecumenismo, el respeto a lo diverso) y a la solidaridad (la nueva visión de la paz y el desarrollo, la totalidad y globalidad del crecimiento); una renovada atención a las realidades culturales y religiosas, más allá del progreso técnico; una fuerte sensibilidad hacia los grandes problemas del mundo ...; un significativo descubrimiento del ambiente y de la necesidad de salvaguardarlo»¹⁶.

Sin embargo, no todos los valores proclamados y deseados por los jóvenes logran hacerse convicciones, actitudes y conductas permanentes y capaces de originar decisiones duraderas y opciones de vida, pues hay cierta incoherencia entre proclamaciones compartidas y formas de vida, entre normas o criterios aceptados y aspiraciones subjetivas, entre objetivos sociales y proyectos personales.

Tal estado de desorientación (por deslumbramiento de tantas novedades) ha hecho perder, en concreto, credibilidad a algunas escuelas católicas.

16. XXIII Capítulo General, núm. 49.

Tiempo de búsqueda

El cambio de época que estamos viviendo nos lleva, pues, hacia metas culturales que debemos preparar. El concilio Vaticano II fue una gracia inmensa del Espíritu del Señor para guiar a la Iglesia en una hora tan compleja y fecunda.

Los defectos y carencias de la actividad escolar preconciliar provocaron en los agentes de la escuela un justificado afán de búsqueda de nuevas modalidades de presencia apostólica, que de hecho llevaron con frecuencia a descuidar o reducir el papel educador de una escuela católica renovada.

Se vio a pastores totalmente faltos de sensibilidad al respecto, a pesar de orientaciones explícitas del Magisterio, y hubo incluso algunos institutos de vida consagrada que abandonaron sus obras escolares, como si se tratara de un residuo de épocas superadas.

Han pasado los años, y ahora va apareciendo una crítica cada vez más clara a tales actitudes. Lo vimos en la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo¹⁷ y en ciertas afirmaciones de otras conferencias episcopales; así, por ejemplo, el secretario de la italiana, monseñor Dionisio Tettamanzi, afirmó con franqueza en un encuentro con los provinciales (noviembre de 1992): «Los religiosos (al menos bastantes de ellos) tienen el mérito de haber creído en la Escuela católica incluso en años de generalizada falta de atención eclesial y, a veces, de auténtica incompreensión de este servicio específico a la educación»¹⁸. Ya en una circular de la Congregación de Educación Católica, de hace quince años, se exhortaba a no «dejarse engañar por el reclamo seductor de actividades apostólicas a menudo sólo aparentemente más eficaces»¹⁹.

Sabemos que la nueva evangelización es, por sí misma, inseparable de la promoción humana y de la cultura cristiana²⁰, pues ambos aspectos —promoción y cultura— son una importantísima dimensión de la misma. Para evangelizar a la juventud, que vive en edad evolutiva, hay que saber actuar desde dentro de su crecimiento humano y de su maduración cultural. Con razón el Episcopado Latinoamericano consideró en Santo Domingo la educación católica como «mediación metodológica para la evangelización de la cultura»²¹.

Ahora bien, aun siendo verdad que la educación ocupa un espacio mucho más amplio que la escuela, ésta se ha de considerar —si quiere ser verdaderamente tal— precisamente como una de las instituciones que más influyen en el ámbito de la educación completa. Por su propia naturaleza está llamada a facilitar la maduración de la persona desarrollando desde el interior de su evolución los horizontes del sentido de la vida y evitando encerrarla en una programación reductiva de simple instrucción científico-técnica; debe ser lugar de humanización mediante una válida concepción de la existencia

17. Cf. Actas del Consejo, núm. 343, págs. 16-18.

18. CISM, enero-febrero de 1993.

19. *La Escuela católica*, núm. 89.

20. Cf. Actas del Consejo General, núm. 343, págs. 6-10.

21. *Documento final*, núm. 271.

humana, una escala de valores y una visión global del hombre, de su historia y del mundo. Sólo un racionalismo abstracto puede hacer pensar en la escuela llamada “neutra” o aséptica, no al servicio de una cultura, sino de informaciones que no comprometen a nada según un vago relativismo agnóstico.

Ahora bien, toda cultura remite a un humanismo y, en el actual pluralismo de la sociedad, el humanismo cristiano —como ya he apuntado— presenta una originalidad profunda y una recuperación cada vez mayor de su valor social en la busca del bien común.

La Escuela católica no es en absoluto una obra de suplencia, sino una aportación original y preciosa para la vida de la sociedad civil; cabe decir incluso que es un verdadero derecho de la gente. La libertad que debería caracterizar a todo Estado democrático exige que la cultura sea determinada por los ciudadanos según sus competencias y convicciones y no sólo por la autoridad pública, cuya función es promocionar y proteger, nunca monopolizar. La función del Estado es subsidiaria, y cuando «reivindica para sí el monopolio escolar, sobrepasa sus derechos y lesiona la justicia»²².

22. *Libertatis consciencia*,
núm. 94.

Complejidad actual de la institución escolar

La escuela pertenece, como decía, al ámbito de la cultura y participa de su autonomía, en su consistencia y en sus fines, según las exigencias de la “laicidad” propia del orden temporal, tal como lo quiso Cristo en cuanto Verbo creador.

Esta laicidad institucional es propia de toda escuela en cuanto tal; no se opone a la inspiración cristiana que distingue el planteamiento de la escuela católica, pues la fe no limita ni condiciona la naturaleza y misión del orden temporal ni, por tanto, de la escuela; es más, purifica y estimula sus fines y la defiende de las diferentes

tentativas de manipulación ideológica. En cuanto escuela, se orienta a la promoción humana con la perspectiva de educar a la persona para el bien de la sociedad civil.

Las exigencias de la naturaleza y misión cultural de la escuela son hoy múltiples y van creciendo en todas las sociedades.

Ha nacido, así, para la escuela una complejidad en movimiento, que se manifiesta, ante todo, en la docencia, donde la información científica requiere siempre nueva estructuración de programas y asignaturas, nueva articulación de los mismos y las correspondientes novedades de métodos e instrumentos didácticos.

Vienen después la necesidad de coordinar los diversos componentes de la escuela, las responsabilidades didácticas y disciplinares, el funcionamiento de los diversos Consejos, la inserción de los padres de familia, las relaciones con el personal auxiliar, la adaptación de los edificios para adecuarlos a nuevas normas legales y, con incidencia particular, el problema del sostenimiento económico.

La complejidad está también en el esfuerzo de ofrecer una educación verdadera; lo cual exige una convergencia de visión que dé forma a una actividad suficientemente coordinada y capaz de expresar un compromiso cultural común.

Son aspectos que se enuncian rápidamente, pero cuyo funcionamiento comporta programaciones pacientes, realizaciones metódicas, convergencias laboriosas y búsqueda continua de equilibrio. Si no se hace el esfuerzo de coordinar, la institución escolar corre peligro de no ser verdadera escuela de vida y aparecerá como algo obligado para almacenar datos y lograr cierta competencia funcional; será antipática a sus alumnos y los inducirá a ocupar en otro sitio su tiempo libre.

No obstante, hay que añadir que cuando nos esforzamos por lograr una estructura orgánica, la complejidad significa también riqueza, pues hace que la impres-

cindible pluralidad de funciones, las exigencias didácticas y los aspectos educativos converjan en una integración armónica que, sin eliminar las tensiones naturales entre polos diferentes, orienta sus energías hacia una capacidad más específica de crecimiento cultural.

La complejidad, inherente a la actual evolución histórica, lleva a considerar la seriedad y urgencia de las nuevas exigencias de la escuela actual, que suponen la capacidad de adquirir y desarrollar una auténtica profesionalidad educativa, no sólo en general, sino también especializada, pues la gestión de la estructura global, el nivel didáctico, la animación de la comunidad educativa, la propuesta cultural y el diálogo entre información científico-técnica y significación de los valores requieren una base de conocimientos sistemáticos y de prácticas pedagógicas que vayan acompañados de una actualización continua.

Las Ciencias de la Educación se han desarrollado en muchas direcciones y requieren proyectos especializados. Urge superar la tendencia a considerar el aspecto de la enseñanza como meramente técnico, con objetivos más funcionales que educativos. Una reflexión más honda sobre el aspecto educativo de la didáctica hará aparecer y recuperar los valores intrínsecos al proceso de aprendizaje, en cuanto que educa la mente a plantearse de modo correcto los interrogantes, a manejar los datos con rectitud, a aplicar y ejercitar la inteligencia y a elucidar no sólo las relaciones entre los datos empíricos, sino también a descubrir el sentido de la totalidad.

Pero si la enseñanza-aprendizaje contiene, ya como ejercicio, valores educativos, el patrimonio cultural con el que la escuela entra en contacto ofrece todavía más elementos de crecimiento. En tal sentido, se han subrayado los horizontes que abren las diversas áreas hacia la realidad humana y la materia así como los elementos de mente y de alma que crean.

Si planteamos debidamente el conjunto de conteni-

dos y métodos, debería formarse en los jóvenes una mentalidad humanística que coloque la persona por encima de las cosas; una cultura de dimensión ética, es decir, que haga habitual el confrontarse con la conciencia y con los valores objetivos; una cultura solidaria que conciba el progreso como comunicación de bienes por parte de todos y no proclame como principio la pugna por la afirmación individual; una cultura del significado, abierta a lo trascendente y capaz de aceptar los interrogantes de la existencia y buscarles respuesta.

Todo esto sólo es posible cuando la reflexión primera y fundamental de la que proceden los objetivos educativos se ha hecho precisamente sobre la cultura que comunica la escuela mediante todos sus elementos, particularmente por la enseñanza. El problema central de la escuela es, por tanto, su planteamiento cultural, que supone una reflexión completa sobre el hombre con miras a su formación en la paz, en la solidaridad, en los derechos humanos, en la ecología y en la mejora de la sociedad y del mundo ²³.

23. NB. Aquí es recomendable la lectura de los núms. 26-37 del documento *La Escuela católica*.

La escuela católica renovada

¿Qué características debe dar hoy a una escuela renovada el calificativo de católica?

Podemos decir que en estas décadas posconciliares la escuela católica se ha visto sometida a una reconsideración de fondo. La nueva evangelización de la cultura hace ver el tono del humanismo cristiano que debe distinguirla y que la escuela traduce a proyecto educativo propio.

El proyecto le exige que sea, ante todo, auténticamente escuela, es decir, concentrada en la educación mediante la comunicación y elaboración del saber; lo hace con el sentido de una laicidad correcta, sin concesiones a interpretaciones laicistas ni instrumentalizacio-

nes ideológicas; conoce, respeta y promociona sinceramente la transmisión de la cultura como valioso servicio a la sociedad civil.

Si no es verdadera escuela, tampoco será genuinamente católica.

Pero si es verdadera escuela, y a menudo más escuela que otras muchas, no estará de más aludir enseguida al derecho que tiene de paridad (o igualdad) social con las otras escuelas, particularmente en el aspecto económico. «El estado no puede, sin cometer injusticia, contentarse con tolerar las escuelas llamadas privadas. Éstas prestan un servicio público y, por consiguiente, tienen derecho a ser ayudadas económicamente»²⁴.

Es una consideración genuinamente democrática que debemos procurar que cale en todos los ámbitos sociales y políticos. Los católicos son tan ciudadanos como los demás; juntos, constituyen la Iglesia de Cristo, que no es alternativa ni parte separada de ninguna sociedad civil, sino que es, más bien, fermento de promoción y liberación para purificar y consolidar sus valores humanos.

Evidentemente, hay que subsanar ciertos defectos, límites y retrasos asumiendo y testimoniando con claridad el giro eclesiológico del Vaticano II. Esta Iglesia, servidora de la humanidad, considera la escuela católica como uno de los medios más idóneos y conformes a su acción en el mundo en cuanto sacramento de salvación; es un medio que hay que mimar con el mayor interés, un servicio incomparable que debemos cuidar «como la niña de los ojos»²⁵.

Es un ambiente privilegiado de nueva evangelización precisamente porque está íntimamente ligada a la cultura.

El concilio Vaticano II afirma explícitamente: «La escuela católica persigue, en no menor grado que las demás escuelas, los fines culturales y la formación humana de la juventud. Su nota distintiva es crear un

24. *Libertatis conscientia*, núm. 94.

25. Cf. Juan Pablo II, 28 de junio de 1984.

ambiente de la comunidad escolar impregnado del espíritu evangélico de libertad y caridad, ayudar a los adolescentes para que, en el desarrollo de su persona, crezcan a un tiempo según la criatura nueva que fueron hechos por el Bautismo, y, finalmente, ordenar toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre»²⁶.

26. *Gravissimum educationis*, núm. 8.

La escuela católica privilegia, pues, en el ámbito escolar, el aspecto educativo en íntima relación con la cultura, sobre todo en una hora de crisis como la actual, a fin de superar tanto los recortes antropocéntricos de la modernidad como el subjetivismo y el relativismo del pensamiento débil.

Dentro de su complejidad institucional, la escuela católica busca constantemente la cohesión orgánica de sus distintos componentes y una dimensión comunitaria fundamental. La insistencia del Vaticano II en la eclesiología de comunión comporta un giro decisivo en la estructuración de la escuela católica, que debe transformarse y funcionar cada vez más como comunidad educativa. Quiere ser servidora de la sociedad civil precisamente en cuanto sujeto comunitario eclesial.

Como tal, proyecta un significado y difunde un mensaje incluso cuando se halla en ambientes de mayoría no cristiana y cuando sus destinatarios profesan otra religión.

En los contextos de tradición católica, está llamada a ser también una especie de comunidad cristiana de base, en la que se hace una síntesis válida de Evangelio y cultura mediante el testimonio de una síntesis de fe y vida, sobre todo por parte del grupo de educadores.

Esto lleva a la inserción de la escuela católica en el tejido vivo de la Iglesia local. No ha de ser, pues, castillo cerrado, sino lugar privilegiado de comunión y colaboración en el ámbito más vasto de una pastoral juvenil

más orgánica: «centro de comunión y participación», que nos dijo el XXIII Capítulo General. Cabe afirmar que la escuela católica debería contribuir a llevar la sociedad civil a mayor democracia y la comunidad cristiana, a mayor eclesialidad.

Así, la escuela católica perfecciona su ser de verdadera escuela mediante la inspiración cristiana de cada uno de sus miembros y de la comunidad educativa; se preocupa de la trasmisión cultural del saber a la luz de la revelación de Cristo y considera tarea institucional propia contribuir al bien de la sociedad civil y de la Iglesia en cuanto servidora del hombre.

Como expresión calificada de nueva evangelización, la escuela católica se esfuerza por comunicar los principios evangélicos desde los valores culturales, unificando y armonizando las verdades que fluyen del misterio de la creación y de la redención, es decir, de Cristo, autor del mundo en su laicidad y liberador y recapitulador de todo en la plenitud escatológica de la Pascua.

Otro aspecto característico de la escuela católica es el de implicar a los seglares en las actividades educativas. El relanzamiento de la vocación y misión del seglar en la Iglesia ha adquirido hoy una incisividad particular en esta renovación. No es fácil formar una comunidad educativa armónica y que funcione; la meta es hacerla sujeto eclesial mediante iniciativas continuas que hay que inventar y cuidar.

Un problema de fondo de la educación cristiana es la autenticidad de la conducta de los educadores, individualmente como personas y, sobre todo, como comunidad. La síntesis de cultura y Evangelio depende de la mediación de fe y vida en los educadores y de un clima de trascendencia de fe en la visión del mundo, de la historia y de la conducta ambiental. Las opciones significativas de existencia, las propuestas de vida cristiana, la animación evangélica del ambiente educativo, teniendo en cuenta los actuales condicionamientos culturales, y la

conciencia de identidad en una situación de pluralismo, junto con la capacidad de diálogo, son aspectos inherentes a la comunidad educativa en la escuela, para que sea y actúe de verdad como sujeto eclesial llamado a vivir y construir un clima de espiritualidad pedagógica atractiva, que armonice, en forma simultánea de síntesis vivida, el papel de comunidad eclesial y de sujeto civil.

Corresponde a los educadores impregnar con los valores de la educación el proyecto didáctico de la escuela, incorporándolo a un conjunto de actividades educativas más amplias y complementarias. La coordinación de las diversas aportaciones educativas es obra de una comunidad que busca una calidad global de educación cristiana en el conjunto de sus actividades.

De esta reflexión se deduce la necesidad de una renovación intensa de la dimensión comunitaria plenamente centrada en la misión educativa.

Es preciso que los educadores de la escuela sean un grupo compacto que sepa interpretar y transmitir la riqueza cultural de cada pueblo con la óptica iluminadora de la fe cristiana, haciendo referencia a la fuente de las energías pascales.

La escuela católica aparece, hoy, más como tarea que hay que hacer que como institución ya estructurada a la que dar el visto bueno; al no ser alternativa a la estatal, se presenta como perfeccionamiento del quehacer escolar en cuanto tal en una hora prometedora y difícil de la historia.

Además de este característico estilo cristiano de comunión, la escuela católica debe reconsiderar a fondo su docencia escolar específica.

El quehacer didáctico según la nueva evangelización

Vale la pena detenerse un poco en el delicado aspecto del quehacer didáctico en la escuela católica. Para

comprender bien sus perspectivas es preciso acudir a la consideración de la cultura en cuanto dato humano concreto, situado en el tiempo y en el espacio. Toda cultura, igual que el hombre que la crea, está inmersa en el devenir histórico e impregnada constitutivamente de hechos, adelantos, desviaciones y recuperaciones que influyen objetivamente en su misma naturaleza.

Si no se considera esta historicidad (es decir, lo que han ido inscribiendo en la naturaleza del hombre las personas y los acontecimientos), queda limitada la búsqueda de la objetividad y se traicionan los fines de la misma ciencia, que debería ayudar a leer con integridad la realidad.

Nunca ha existido la llamada “naturaleza en estado puro” del hombre; siempre se ha visto sometida a numerosos condicionamientos de la existencia. Así, por ejemplo, la pérdida actual del sentido del pecado, que ha influido e influye en toda la vida humana (y por tanto en las culturas) y el prescindir del “acontecimiento Cristo”, que pone la existencia humana y sus culturas en situación escatológica (es decir, en necesaria referencia al único verdadero “Hombre nuevo”), privan a la investigación científica y a la docencia escolar del conocimiento de datos objetivos imprescindibles para la integridad de la educación. La racionalidad humana en general y la específica de cada asignatura reciben una luz de mayor objetividad de la trascendencia escatológica de Cristo.

No es indiferente ni para la realidad cultural ni para la educación escolar prescindir de estos aspectos de la existencia en el tiempo. La dimensión de la historicidad en sus variadísimas aportaciones es objetivamente inherente, y lo es con fuerte incisividad, a toda la realidad cultural.

El camino que hay que conocer y seguir no es el del hombre abstracto y anónimo, sino el del hombre concreto, situado en la historia. Por otro lado, la cultura no se identifica con la naturaleza, aunque fundamental-

mente se refiera a ella. La historia tiene mucho que decir sobre la realidad humana.

Aquí entendemos la historia no tanto como una más de las asignaturas escolares, sino como "criterio de objetividad" en la consideración de todas ellas, a fin de que no se desarrollen ni se enseñen con una especie de ingenuidad propia de paraíso terrenal. No basta ahondar en la naturaleza del hombre y proyectar utópicamente sus valores; es preciso considerar también su camino a lo largo de los siglos y sus itinerarios personales. La fe cristiana, aunque mira la realidad desde una óptica no específicamente científica sino desde un nivel peculiar más alto, está totalmente orientada hacia la historia del hombre atenta y globalmente, con plena y armónica confianza en la razón humana. Y así, tanto desde el punto de vista científico como desde la fe, hay que reconocer que la objetividad de la realidad humana, igual que todo el ámbito de lo creado, encierra aún mucho que descubrir.

Ahora bien, si volvemos a la modalidad de la enseñanza en la escuela católica, tenemos que decir —como observación previa— que el quehacer didáctico no se refiere propiamente al campo científico de la investigación para hacer progresar cada una de las ciencias, sino al quehacer educativo, para que la persona alcance madurez mediante un conocimiento lo más completo posible de la realidad.

El profesor, pues, deberá saber utilizar su profesionalidad científica y su fe cristiana con óptica pedagógica, armonizando razón y fe en su propia asignatura. Es precisamente aquí donde tenemos ya un paso caracterizador en la evangelización de la cultura.

Es tarea y arte del educador que enseña ver el contenido de su docencia a partir del punto de vista de la educación completa, para ponerla al servicio del crecimiento de la persona. Su instrucción no puede ser sólo de ciencia, sino promoción educativa mediante la propia asignatura.

Así, especialmente para las asignaturas humanísticas (filosofía, literatura, historia, psicología, sociología, etc.), la clasificación de escolar no es aséptica ni ajena a los conocimientos de la fe, no significa sólo el lugar y el nivel de trasmisión de dichas asignaturas, sino que comporta una dimensión específica distinta de la enseñanza laicista, falsamente considerada neutra; es una calidad original que no se opone a la competencia y seriedad científica, que evidentemente asume, sino que está a favor de una objetividad total, que debe transmitir.

También esto nos ayuda a entender por qué la escuela católica no tiene sólo función de suplencia, sino que posee rasgos específicos que la caracterizan y le obligan hoy a tareas exigentes, pedidas por la nueva evangelización, convencida de que tiene puntos de vista de los que no es posible prescindir para la maduración cultural.

Aquí habría que añadir la importancia capital que debe asumir la enseñanza de la Religión en la escuela católica; es un tema vital que debemos armonizar con las demás asignaturas y cuidar con una competencia peculiar²⁷.

No obstante, después de estas breves ideas sobre la escuela católica renovada, es necesario reconocer que, a medida que avanzamos en estas reflexiones, surge espontáneo un juicio crítico sobre la "catolicidad" concreta de nuestras escuelas actuales, tanto por el testimonio evangélico de la comunidad educativa, como por el carácter específicamente cristiano que damos a la trasmisión de cada asignatura —con sus perspectivas de sentido y apertura a lo trascendente, con métodos y espacios adecuados— y por las iniciativas de comunión eclesial que deben completar su fisonomía.

La conclusión es: ¡Hay que ponerse a trabajar!

27. Cf. el documento de la Congregación de Educación Católica *La dimensión religiosa de la educación en la escuela*, 1988.

Estilo salesiano

El rostro salesiano de nuestras presencias escolares tiene los rasgos generales de la escuela católica que acabamos de describir sucintamente. El XXIII Capítulo General nos dice, ante todo, que la comunidad salesiana está llamada a ser núcleo animador, capaz de implicar en su tarea a los colaboradores más conscientes y de orientar toda la comunidad educativa hacia los objetivos señalados. Se trata de un área de crecimiento de comunión que supone una mentalidad nueva con una forma de gestión asumida solidariamente por todos.

28. Cf. Constituciones, art. 40.

Además de esta dimensión comunitaria, hay que recordar particularmente el criterio oratoriano²⁸, que, como hemos visto, es también la raíz histórica de la existencia de nuestras escuelas con destinatarios privilegiados, con opción popular, con un peculiar espíritu de familia, con una orientación clara hacia la maduración de la fe, con creatividad educativa y con iniciativas que van más allá del horario escolar.

En cuanto a la naturaleza, fines, métodos y resultados que se esperan de la animación salesiana, conviene recordar que, en el ambiente escolar, nuestra animación se propone mantener claros la identidad y los fines específicos de la escuela mediante el proyecto de realizar la comunidad educativa formada por colaboradores, padres de alumnos, alumnos y quienes la apoyan, y darle un estilo educativo característico.

Todo esto pone en primer plano, como corazón de la animación, la tarea formativa. Se trata de que la comunidad educativa sea un sujeto eclesial auténtico, en el que todos queden implicados en procesos de crecimiento; así se actúa la maternidad educativa de la Iglesia y se aprovecha todo su patrimonio de pedagogía y de gracia.

La formación se desarrolla en cuatro dimensiones:

– *cultural*, que ayuda a evaluar los acontecimientos y las corrientes de pensamiento de nuestro tiempo que más influyen en el hombre;

– *profesional*, que robustece la capacidad de hacer frente, unidos, a los problemas juveniles específicos de la escuela y otros;

– *cristiana*, que lleva a una mayor conciencia del significado y exigencias de ser creyente, a un conocimiento cada vez más completo y hondo del misterio del Hombre nuevo y a una vivencia auténtica de fe;

– *salesiana*, que propone y ahonda continuamente el cuadro de referencia teórica y práctica del Sistema Preventivo.

La animación es el verdadero salto de calidad en la actual renovación escolar. Conlleva un desplazamiento de acento en el servicio que debe prestar nuestra consagración apostólica. De ella se espera no sólo una prestación de trabajo propio del orden temporal, sino también, y sobre todo, una fuerza de convocación y unión en la fe; se espera que la escuela sea memoria y signo de lo específicamente cristiano. En tal sentido, los consagrados están llamados no sólo a ser administradores más fieles o profesores con una visión cultural adecuada, sino también a traducir a presencia e impacto educativo su opción radical por Cristo.

Además, la animación conlleva también un desplazamiento de acento en la gestión de las obras. La comunidad religiosa, aunque limitada numéricamente, debe concentrarse en los aspectos fundamentales, asegurando, sobre todo en la orientación de la obra, su calidad educativa y cristiana.

Bajo esta luz, se comprende la importancia de la figura salesiana del director. Sabemos que, según las Constituciones²⁹, el director no es sólo guía de la comunidad religiosa, sino también el primer responsable de la misión, es decir, orientador del quehacer educativo y

29. Cf. Constituciones, art. 176.

pastoral de los salesianos y de la comunidad educativa; o sea, que, en definitiva, se encarga también de su organización y funcionamiento.

En los repetidos debates que, más o menos en todas partes, han considerado la posibilidad de separar la dirección religiosa de la comunidad y la educativa y pastoral de la obra, siempre se ha vuelto a la figura tradicional. El XXI Capítulo General prefirió indicar la jerarquía de las tareas³⁰ y la adquisición de nuevas competencias, en vez de sancionar la división de responsabilidades religiosas, educativas y pastorales. Lo hizo por una razón fundamental: la vivencia religiosa de los salesianos incluye, como parte integrante e inspiradora, la tarea de la misión; en ella se vuelca de forma pedagógica nuestra vida consagrada y, viceversa, nuestra espiritualidad se enriquece con la vivencia pedagógica: es la dinámica de nuestra "gracia de unidad". Tal principio y sus relativas aplicaciones quedaron aclarados en los últimos capítulos generales; conforman, pues, los criterios para dar estructura orgánica a la comunidad y a su obra escolar.

A pesar de todo, últimamente se ha ido creando, en diversas partes, una situación local donde la autoridad pedagógica y organizativa es considerada por los organismos civiles la responsable de la escuela. A ello se añade la complejidad, ya indicada, de los componentes; por lo que, en más de un caso, el director no puede tomar parte ni seguir algunos de los aspectos escolares más específicos. Además, en algunos casos, su profesionalidad no corresponde a las exigencias escolares actuales. Por ello, con o sin intención explícita, la figura del jefe de estudios se ha ido haciendo punto de referencia final, no sólo para la parte organizativa y didáctica, sino también para los objetivos, para las orientaciones de la comunidad educativa, para la conformación de la estructura y el equilibrio de los cargos y para la relación de los diversos componentes educativos. Es un

30. Cf. XXI Capítulo General, núms. 52-53.

planteamiento que hay que corregir mediante un diálogo constante en la comunidad.

De todas formas, como consecuencia práctica, en algún caso se ha preferido nombrar director a un salesiano que pudiera animar a la comunidad religiosa sin asumir la responsabilidad principal de la obra escolar. Si las circunstancias no permitieran otra solución o aconsejaran ésta como mejor en determinado caso, puede probarse. Pero si con esta excepción se pretende cambiar la práctica salesiana normal, tal modo de proceder habría de someterse a serio discernimiento.

En efecto, el director hace patente el objetivo pastoral de la escuela salesiana, por el que todas las funciones técnicas se orientan hacia la educación y ésta se orienta hacia el crecimiento y maduración en la fe. Hace también visible la estructura familiar de la comunidad, por la que el último punto de referencia es el que encarna la paternidad y el afecto. En tal sentido, el XXIII Capítulo General le recomienda una relación personal con los jóvenes que sea capaz de afrontar los problemas de vida que se les presentan, cultivando así también el aspecto vocacional.

No obstante, cuanto se ha dicho del director y, más en general, del proyecto y de la dimensión comunitaria, exige que los diversos papeles y sus relativos influjos sean coordinados, dejando a cada uno la autonomía necesaria con un espacio de diálogo que asegure la unión y convergencia. Tal espacio hay que situarlo en la comunidad salesiana, que, precisamente bajo la guía del director³¹, asume la responsabilidad de la misión y dis-cierne situaciones y retos para mantenerse fiel a sus objetivos y a su espíritu.

Cada uno de los papeles tiene una incidencia educativa propia, que es positiva con dos condiciones: que se vea como complementaria de las demás y que, en el ejercicio de sus funciones, se inspire en la finalidad educativa y en el proyecto pastoral. Nadie puede eximirse de

31. Cf. Constituciones, art. 34.

dichas condiciones. Están por encima del papel y pertenecen a nuestra misión. Así pues, es preciso corregir peligrosas contraposiciones o separaciones teóricas o prácticas entre lo administrativo, lo educativo y lo pastoral. La preocupación por la educación en la fe guía y determina el programa, la estructura, la organización y el ejercicio de las funciones y actuaciones de cada persona: «Estamos llamados todos y en todas las ocasiones a ser educadores de la fe»³².

32. Constituciones, art.

34.

Maestros de espiritualidad juvenil

Para concluir, quiero recordar lo que escribe el Santo Padre en su carta *Iuvenum patris*: «En la Iglesia y en el mundo, la visión de una educación completa, según aparece encarnada en Juan Bosco, es una pedagogía realista de la santidad. Hay que recuperar el verdadero concepto de santidad, en cuanto elemento de la vida de todo creyente. La originalidad y audacia de la propuesta de una santidad juvenil es intrínseca al arte educador de este gran Santo, que con razón puede definirse como “maestro de espiritualidad juvenil”. Su secreto personal estuvo en no decepcionar las aspiraciones profundas de los jóvenes (necesidad de vida, de amor, de expansión, de alegría, de libertad, de futuro) y simultáneamente en llevarlos gradual y realísticamente a comprobar que sólo en la vida de gracia, es decir, en la amistad con Cristo, se alcanzan en plenitud los ideales más auténticos»³³.

33. *Iuvenum patris*, núm. 16.

Sí, queridos hermanos, la nueva evangelización nos exige a todos un clima de “nuevo ardor”, es decir, una vida de fe que se haga espiritualidad testimoniada y transmitida.

34. XXIII Capítulo General, núms. 158-180.

El XXIII Capítulo General trató con profusión³⁴ el tema de nuestra espiritualidad salesiana, que, precisamente por ser juvenil, es también espiritualidad educativa: «La meta del trabajo salesiano es hacer que los jóve-

nes crezcan en plenitud, “hasta la medida de Cristo, el hombre perfecto”»³⁵.

Ciertamente, entre los cientos de miles de jóvenes que frecuentan nuestras escuelas hay variedad de niveles en la vivencia religiosa; pero el clima de la escuela se logra sobre todo con la espiritualidad del núcleo animador salesiano y de la comunidad educativa. El testimonio de fe de los educadores influye en el ambiente y hace surgir grupos de alumnos más maduros, que, por gracia de Dios, serán fermento cotidiano de crecimiento de la espiritualidad juvenil entre sus compañeros.

Pidamos a María Auxiliadora que nos obtenga una fidelidad cada vez mayor a san Juan Bosco, a fin asemejar nuestras presencias escolares a comunidades cristianas de base especiales; en ellas el proyecto hombre será el más nuevo y definitivo: el escatológico de Cristo el Señor.

Que las celebraciones pascuales nos traigan la alegría del encuentro con la máxima novedad de la historia: Cristo resucitado, al que ofrecemos nuestra voluntad de esfuerzo para renovar la escuela salesiana.

¡Y que interceda san Juan Bosco!

Saludos cordiales con mis mejores deseos fraternos.

Afectuosamente en el Señor,

EGIDIO VIGANÓ

35. XXIII Capítulo General, núm. 160.